



¡Mi papá siempre compra librotos!

El papá de Salva se lo pregunta más de trepicias mil veces:

—¿Ya has empezado a leer *El Quijote* o no?

Y Salva le contesta lo mismo las trepicias mil veces:

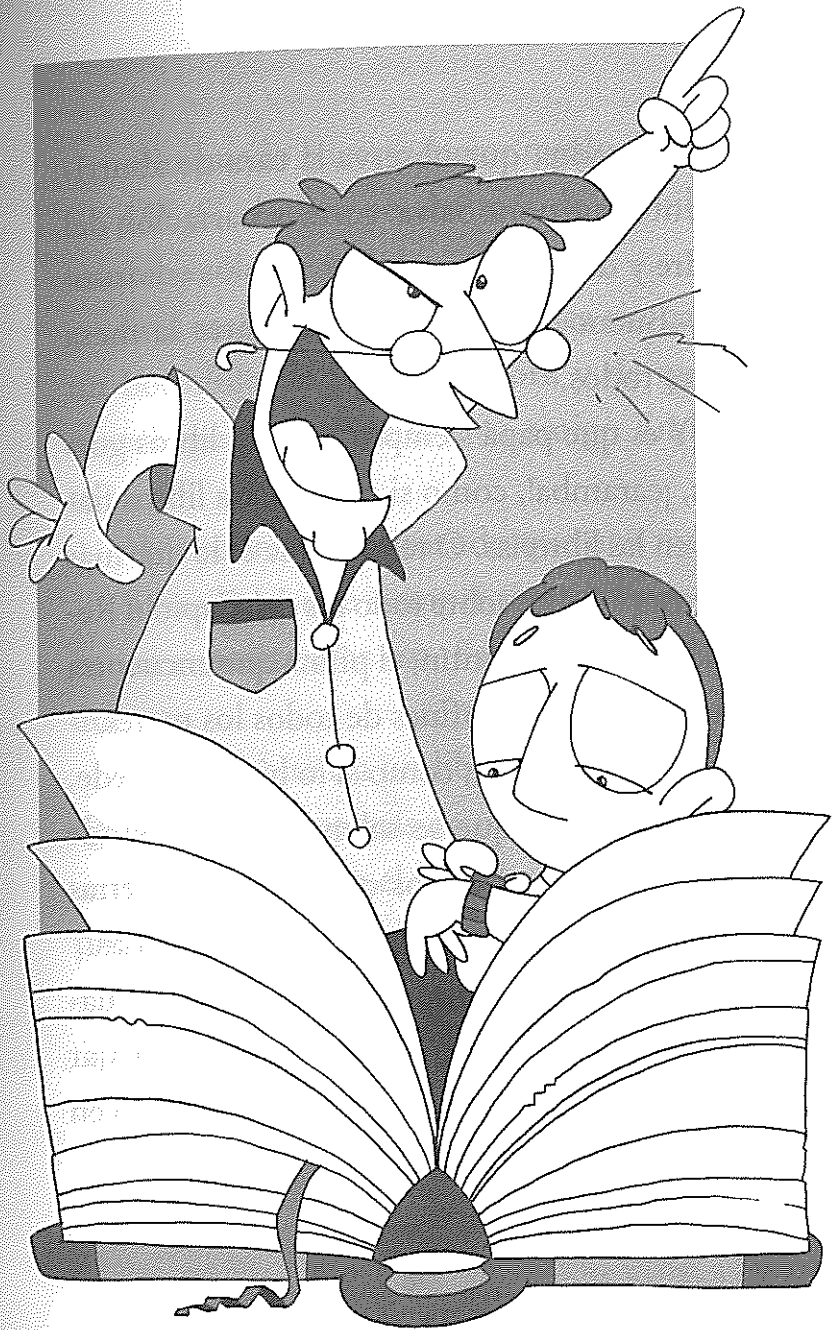
—Es que el libro ese es muy gordo, papá, y no tiene dibujos ni nada.

Entonces, el padre se pone a resoplar como un rebaño entero de toros bravos y dice:

—Cuando yo tenía tu edad, ya lo había leído tres veces.

Muchas noches, después de cenar, papá le cuenta algo sobre el caballero don Quijote y, por eso, Salva sabe, por ejemplo, que era un hombre alto y delgado que se volvió loco como una regadera por leer tantos libros de caballerías, que tenía un amigo al que llamaban Sancho Panza y que éste era bajito y regordete. ¡Ah, sí! Y don Quijote tenía un caballo medio tullido al que le puso de nombre Rocinante.

—...y un día, encontraron unos molinos de viento y don Quijote creyó que eran gigantes malvados. Y Sancho le decía que no eran gigantes, pero el caballero, como si nada, les atacó con su lanza y poco faltó para que se abriera la cabeza como una sandía.



a  
á  
e  
a  
o  
e  
-  
o  
n  
-  
s  
n  
e  
o  
-  
a

La madre, que observa la cara de aburrimiento que pone Salva, corta la narración del padre y dice:

—Bueno, venga, vamos a quitar la mesa entre todos.

Y es que papá siempre compra libros gordos, ¡caramba!, como si no hubiera libros flacos en las librerías. O tebeos, que es lo que más le gusta a Salva, sobre todo los del Capitán Remier de la Constantín, el pirata que encuentra tesoros por los confines de todos los mares.

Pues, no. Papá, como si lo hiciera adrede, compra libros que se salen de las tapas, de gordos que son, de los que tienen las letras como si fueran hormiguitas recién nacidas.

*El Quijote* lo compró hace unos tres o cuatro meses. Un día, cuando volvió de trabajar en el almacén de madera, lo trajo envuelto en papel de colores y le dijo:

—No puedo hacerte mejor regalo, hijo.

¡Uf! ¡Si el libro pesaba más de un kilo y asustaba sólo de verlo!

Esta mañana, mientras mastica sin ganas un bocadillo de jamón de york y de queso manchego, se lo cuenta a su amigo Emiliete.

—Mi padre es más tozudo que una mula.

Y Emiliete, que siempre tiene la boca llena, ni contesta. Por eso, Salva sigue hablando:

—Quiere que lea un libro que se llama *El Quijote*, que tiene más de mil páginas...

Emiliete remata el bocado, se lo zampa y pregunta sin perder de vista el bocadillo:

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé!

2

El accidente de papá

¡Lo que son las cosas! Papá, que no hace deporte ni por saber morir, se tuerce el tobillo mientras baja del coche. Al cabo de un rato, se le pone roja más de media pierna.

—¡Ay, ay, ay! —se queja apenas intenta caminar.

Por eso, la madre exclama: «¡Ay, Virgen Santa!», y lo lleva al hospital.

Cuando regresa, papá lleva la pierna ven-

dada como si fuera una momia. Además, no deja de repetir:

–Ya veremos cómo se las arreglan en el almacén.

Y es que papá se cree que, si él no va a trabajar, caerán chuzos de punta y se desmoronará medio mundo. Eso le dice siempre mamá y, además, añade:

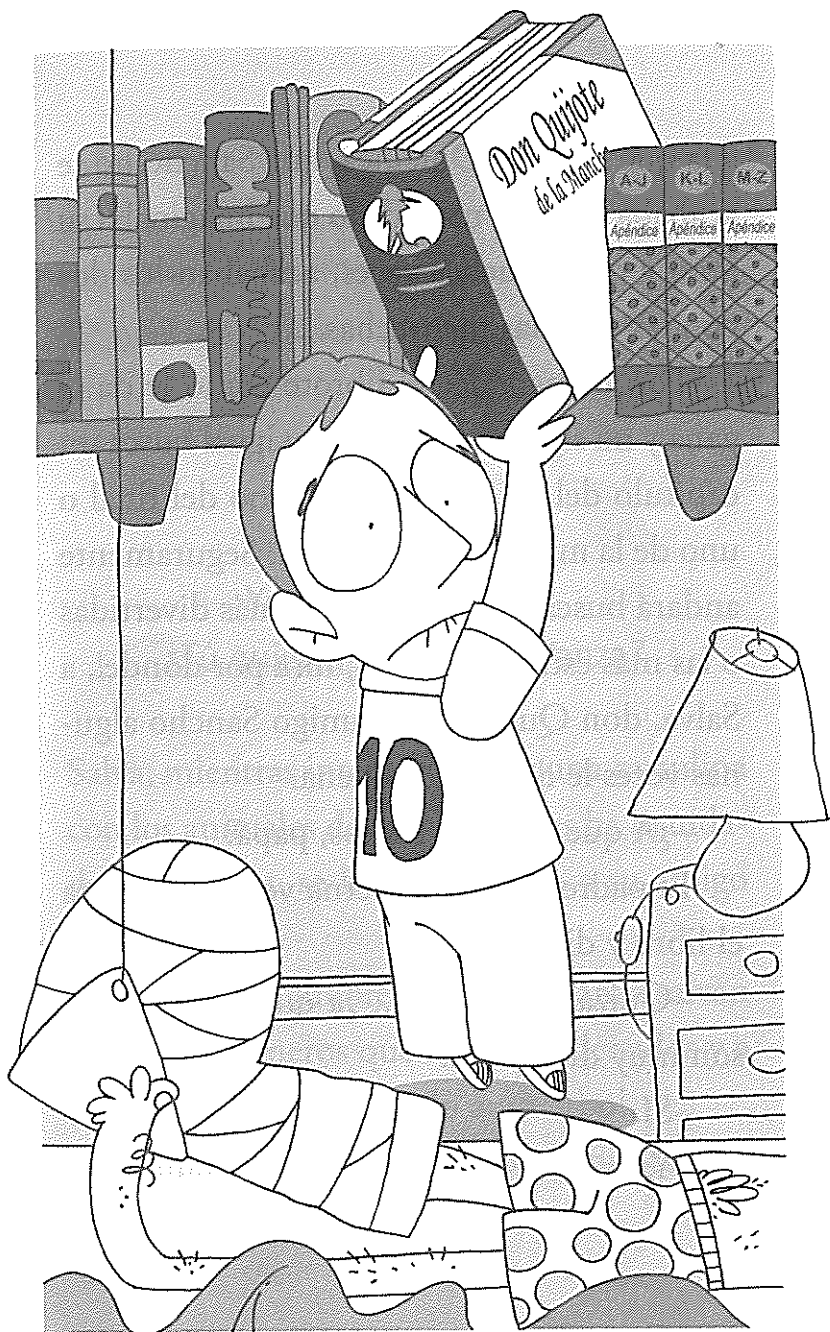
–...y don Imprescindible ya se ha muerto.

O sea, que papá tendrá que quedarse en casa, con la pierna en alto y...

–Salva, trae *El Quijote* de la estantería y el papá te leerá un capitulito.

¡Lo que faltaba!

Al tercer día, Salva sabe un montón de cosas más sobre el extraño personaje y sobre su amigo. Por ejemplo, sabe que un día don Quijote confundió un rebaño de ovejas con un ejército, que se creía que tenía una novia



a la que llamaba Dulcinea, que Sancho no se acababa de creer nada de lo que imaginaba su amo y que, muchas veces, acababan los dos con las costillas maltrechas...

Porque papá lee el librote como le da la gana y no sigue ningún orden: igual busca un capítulo del principio como uno del final o uno de la mitad de la novelota. Seguramente estará buscando las historias más divertidas o las más estrafalarias. Y, ¡mira por dónde!, a Salva, don Quijote y su amigo Sancho algunas veces le dan mucha pena.

—¿A que parecen tontos, papá?

El padre mueve la pierna vendada, cierra el libro y dice:

—Quizá, hijo. Pero... ¿a que las historias son muy divertidas?

—Sí.

—Ya te lo decía yo.

e  
u  
s  
  
a  
l  
o  
e  
s  
t  
-

3

Yo seré don Quijote.  
¿Tú quieres ser Sancho Panza?

Salva, mientras intentan pintar una cartulina con los animales de granja que les ha mandado la maestra, se lo cuenta todo a su amigo Emiliete.

—...y don Quijote y Sancho Panza salvan a unos prisioneros que iban encadenados y a un niño que estaba atado a un árbol.

Emiliete se entretiene sacando punta a un

lápiz de color rojo con el que piensa pintar la cresta de un gallo.

—...y un día, don Quijote creyó que unos odres llenos de vino eran gigantes malvados que querían hacerle daño a una princesa que se llamaba Micomicona.

—Mico... ¿qué?

—Micomicona.

Y Salva sigue contando y contando las aventuras, hasta que la maestra da unas palmas fuertes y anuncia que es la hora del recreo.

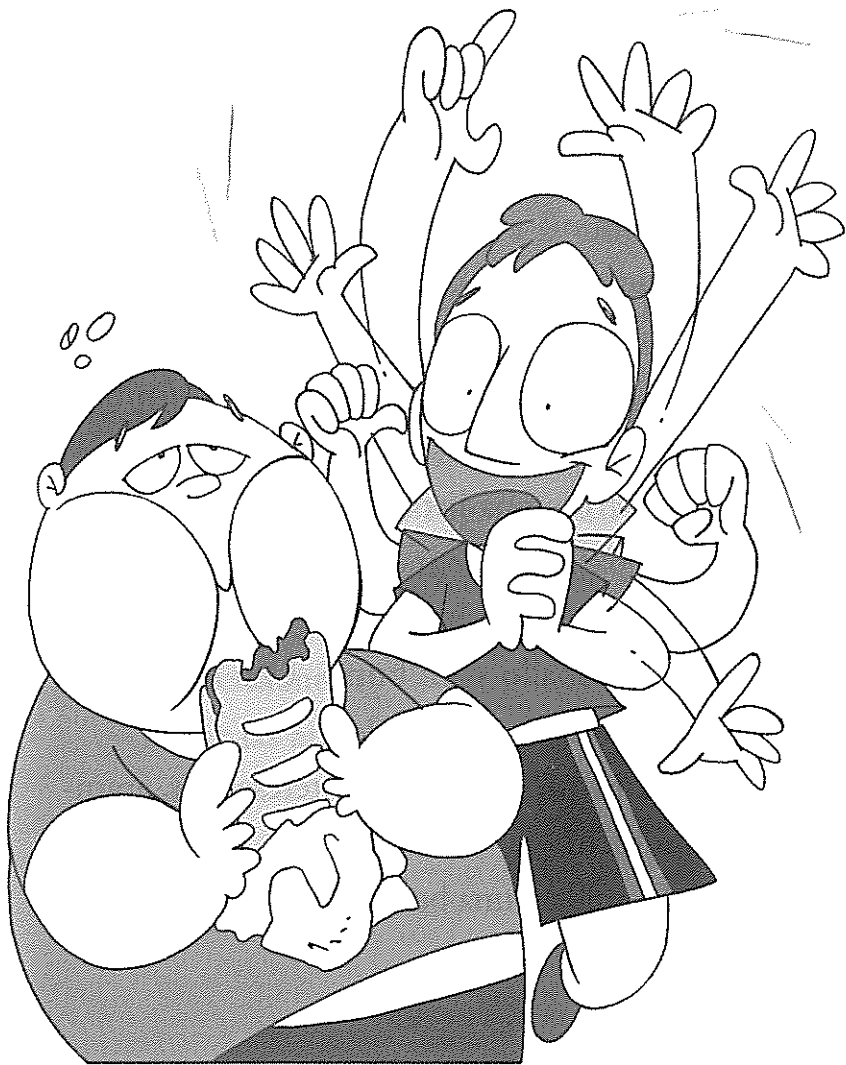
Una vez en el patio, Salva dice:

—A mí me gustaría ser don Quijote.

Y después de una pausa, mira a Emiliete y le pregunta:

—¿Te gustaría ser Sancho Panza?

Pero su amigo está intentando quitar el papel de plata al bocadillo y cuando tiene co-



mida entre manos, igual le da que le hablen o que le den un concierto de violón.

Al cuarto mordisco, cuando parece que Emiliete ya está en disposición de escuchar, Salva se lo repite:

—¿Te gustaría ser Sancho Panza o no?

—¡Mmmí!

Que, dicho por el amigo, significa un «sí» mientras tiene la boca llena.

Media hora después, mientras Emiliete sigue sacando punta a los lápices de colores, Salva escribe una lista de las cosas que necesitarán para convertirse en un don Quijote y un Sancho Panza modernos:

—Un caballo y un burro. Una lanza y un escudo.

Y para que Emiliete se interese más, apunta también:

—Comida y una botella grande de refresco.

n  
e  
r,  
Emiliete lee la lista, frunce el ceño y mueve el cuello como si le hubiera entrado el baile de San Vito. En seguida, dice en un susurro:

—¿Y de dónde piensas sacar un caballo y un burro, una lanza y todo eso?

La maestra se acerca, mira la cartulina y dice, más seria que la sota de bastos de la baraja:

—¿Qué? ¿Acabaremos de pintar hoy o tendremos que esperar al curso que viene?

Salva se pone más rojo que un tomate maduro. Aun así, apenas se aleja la maestra, mientras pinta las patas de un conejo, murmura entre dientes:

—Ya me las arreglaré yo.

4

## Papá, léeme más capítulos

Salva llega a casa, deja la mochila en la habitación y se dirige directamente al salón donde papá, pierna en alto, lee el periódico por cuarta vez y bosteza como si fuera un hipopótamo.

—Papá, léeme más sobre don Quijote y Sancho Panza.

El padre pliega el periódico, mira a Salva de arriba abajo como si hubiera visto a un demonio disfrazado de hombre rana y dice:

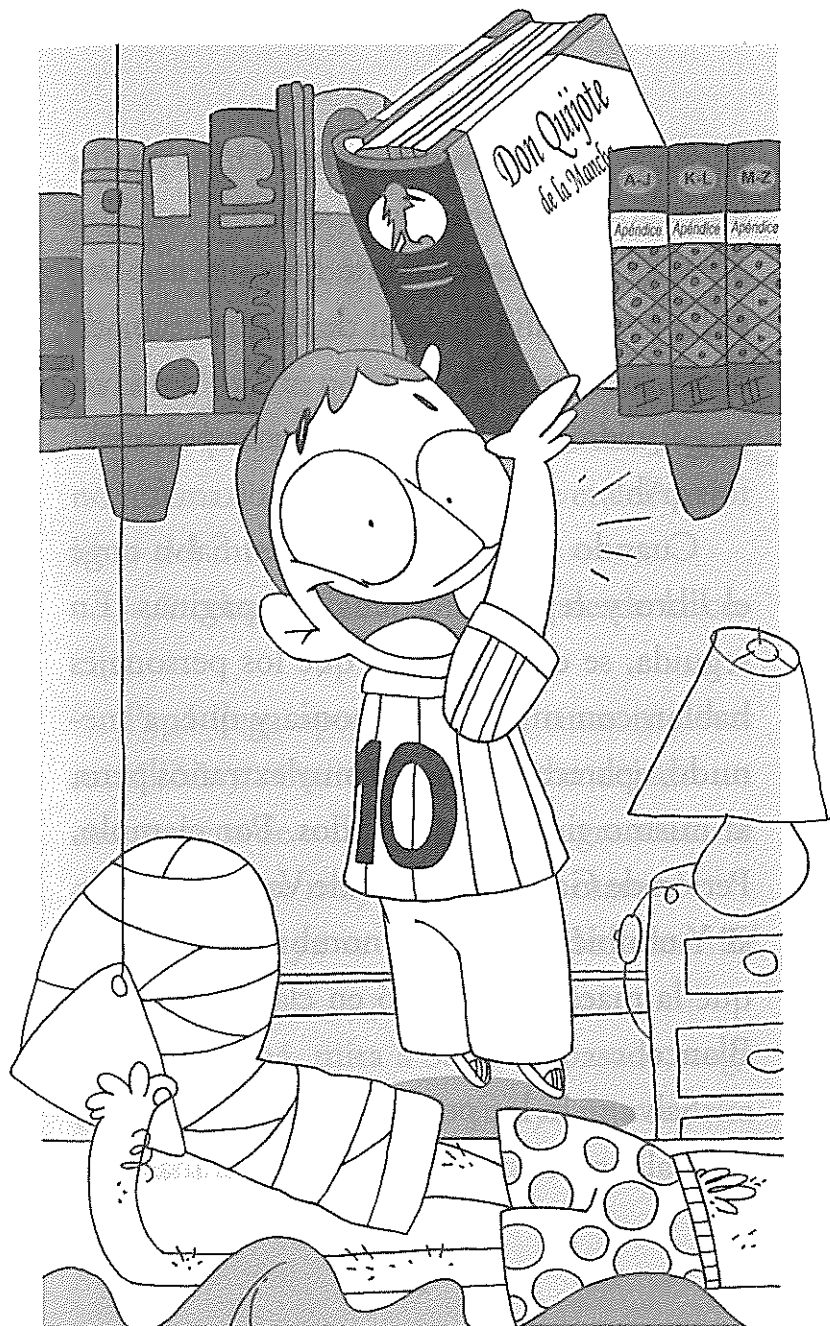
—¿Qué te pasa, hijo?

—Nada, papá. Es que ahora sí me gusta todo eso.

Papá le pide que le lleve el libro de la estantería. Lo abre por una de las páginas y lee, por encima, lo que pasó cuando don Quijote y Sancho Panza se cruzaron con un carro lleno de personas disfrazadas. Después, explica el encuentro con un caballero que llevaba una casaca llena de espejos. A continuación, comienza a leer la aventura que vivió don Quijote dentro de una cueva que se llamaba de Montesinos, donde aseguró haber hablado con el mismo propietario y con un caballero, de nombre Durandarte...

De repente, el padre se para en seco, mira a su hijo y comenta:

—Para mí que don Quijote era un soñador y Sancho Panza, una persona con los pies en



sta  
es-  
ee,  
ote  
le-  
ica  
ba  
in,  
on  
ba  
do  
ro,  
ira  
lor  
en

la tierra. Eso sí: los dos, gente de buena voluntad...

Y al percatarse de que quizá el hijo no se ha enterado muy bien de lo que acaba de decir, concluye:

—Quiero decir que eran buenas personas.

—¡Ah!

Cuando termina los deberes, Salva coge el libro y repasa unas cuantas páginas. En seguida, se da cuenta de que los personajes hablan con mucha ceremonia y que, a menudo, aparecen nombres muy extraños pero, al mismo tiempo, divertidos. Por ejemplo, Perión de Gaula, Casildea de Vandalia... ¡Ah, sí! Y también aparece el nombre de un héroe que la maestra comentó en clase: Tirante el Blanco.

Salva se lo lee poco a poco, porque algunas palabras le suenan bastante extrañas. Re-

sulta que unos amigos de don Quijote creían que éste se había vuelto majareta por haber leído muchos libros de caballerías. Por eso, decidieron quemar todos los libros que tenía en la biblioteca; pero, cuando encontraron el libro de las aventuras de Tirante, decidieron no quemarlo, porque creían que era el mejor libro del mundo entero.

—¡A cenar! —llama la madre desde la cocina.

Papá llega apoyándose en unas muletas metálicas y relucientes que le ha dejado un compañero de trabajo. Apenas logra sentarse a la mesa, dice muy satisfecho a mamá:

—El chico ya se ha aficionado a leer *El Quijote*.

Y la mamá, mira a Salva de pasada, coge todo el aire que puede y ensaya una sonrisa que sabe a gloria.

Ahora mismo, desde la calle, se oye el frenazo de un coche. Papá estira los labios y comenta:

—Cualquier día se matarán por la calle.

Y, de repente, Salva comprende que es imposible ir a caballo o en burro por la ciudad. Pero, casi en seguida, encuentra la solución:

—¡Iremos en bicicleta!

La mamá, sorprendida, lo mira de arriba abajo.

—¿Qué dices?

—Nada, mamá —Salva dice una mentira pequeña y concentrada como una bolita de anís—. Bueno, sí. Que sería mejor que la gente fuera en bici.

Y papá, cuando consigue atrapar un trozo de tortilla con el tenedor, dice:

—Muy bien dicho, hijo.

e-  
y

n-  
d.  
n:

ba

ra  
de  
n-

zo

5

¿Puedo sacar la bici?

El sábado por la tarde es el gran día. Pero antes, Salva debe convencer a su padre y a su madre:

—¿Puedo coger la bici para ir al parque?

Mamá se queda quieta como una estatua de mármol. Un instante después, recupera el movimiento de la boca para masticar cada una de sus palabras:

—¡Ni-pen-sar-lo!

Salva encoge el cuello mientras se rasca una pernera del pantalón.

—¿Por qué?

—¡Por-que-no!

Al rato, la madre se sienta en el sofá, junto al padre, y Salva aprovecha para intentarlo por segunda vez.

—Venga, mamá, déjame ir...

La madre se recuesta, abre una revista de muebles y vuelve a la suya:

—¡Te-he-di-cho-que-no-y-es-que-no!

Y el padre:

—¿Qué quiere el chico?

Salva aprovecha la ocasión. Pone cara de perrito abandonado y dice con voz de gorrión:

—Yo quería ir al parque en bicicleta... A Emiliete sí le dejan.

Después de tres advertencias muy serias de papá, seis amonestaciones de mamá y el

ca

to  
lo

de

e-  
:  
A

as  
el



compromiso formal por parte del niño, la solución, como siempre, la da la madre:

—Yo te acompañaré al parque y tú llevarás la bicicleta cogida del manillar y por encima de la acera. Que ni se te ocurra salir a la parte de afuera de la valla, y a las seis en punto iré a recogerte. Y si me entero de que asomas la punta de la nariz fuera del parque, se te acabará la bicicleta para toda la vida. ¿Entendido?

—Sí, mamá.

—¡Venga! ¡Pues andando que es gerundio!

Antes de salir, Salva pasa por la cocina, se mete en el bolsillo una manzana y un plátano, coge la tapa de una olla y el palo viejo de escoba que mamá utiliza para abrir las cortinas que dan a la calle.

—¿Adónde vas tú con tantos trastos?

la  
ás  
na  
te  
ré  
as  
te  
n-  
n-  
se  
a-  
de  
ti-

Salva deja caer otra mentirijilla del tamaño de un garbanzo remojado.

—Es para jugar a guerreros por si nos aburririmos de las bicicletas, mamá.

A la misma puerta del parque, Emiliete espera con una bici pequeña y descolorida.

—Es la de mi hermana —dice mientras mastica con ganas un trozo de galleta de chocolate—. La mía tiene una rueda pinchada.

Antes de regresar a casa, mamá deja caer la última advertencia:

—Y a ver cómo nos portamos, ¿eh?

—Sí, mamá.

6

Donde se cuenta la aparición de  
los desmontadores de libros

Apenas se va mamá, Salva observa a dos hombres que reparten panfletos a todo el que entra en el parque. En seguida, cierra los ojos y dice con un hilillo de voz:

—Muy pronto comienzan nuestras aventuras, amigo Sancho Panza, porque esas personas que ves quieren deshacer a trocitos el libro de un héroe al que llaman Tirante el Blanco.

Pero, precisamente ahora, Emiliete acaba de leer uno de los panfletos. Así que aclara:

–Aquí dice: «Pizzas a domicilio».

Salva suelta una carcajada y asegura:

–Eso es porque tratan de disimular, amigo Sancho.

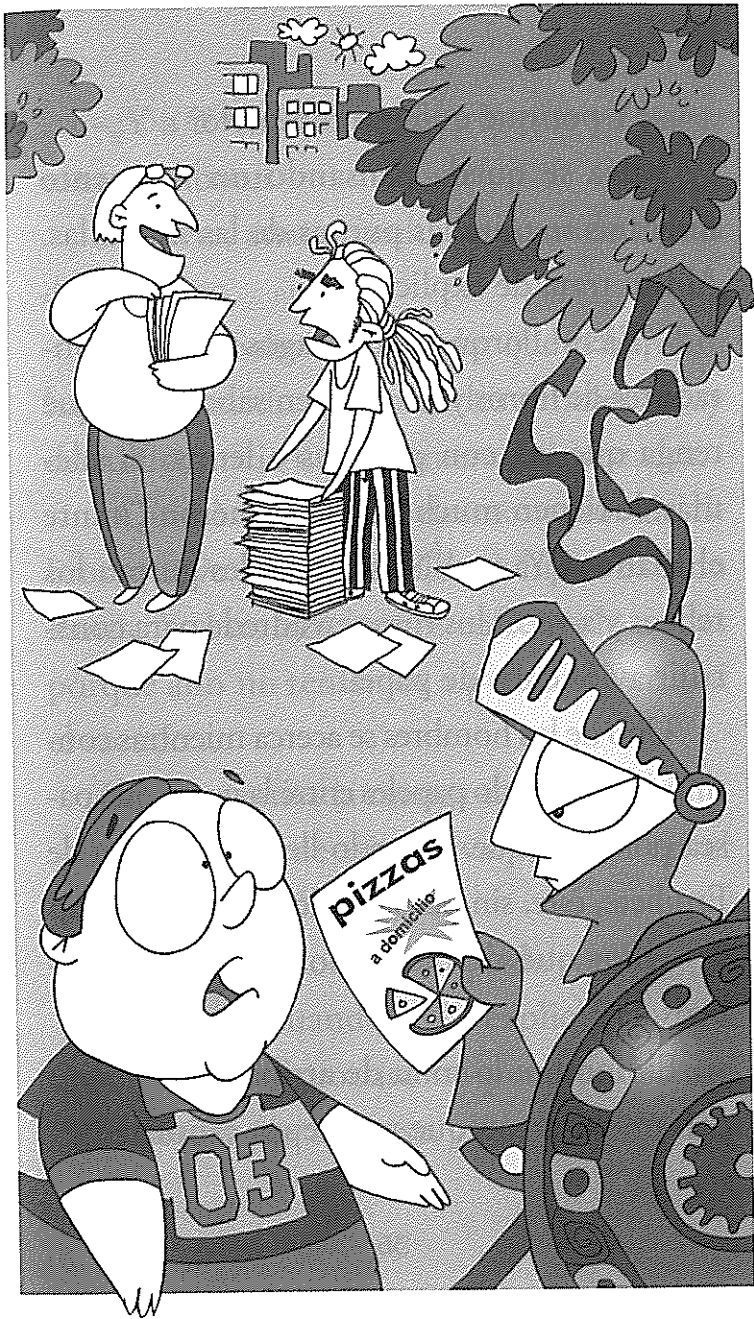
Acto seguido, cuchichea al oído de su amigo:

–No se lo digas a nadie, pero estas personas son magos. ¡Sí, sí! Los magos Toribio el de la Pierna Floja y Turmete del Molindón, y son de los más temibles de todos cuantos viven en el País de los Magos Malvados. Y... ¿sabes qué quieren?

–No.

–Pues... quieren romper en mil trocitos el mejor libro del mundo entero.

Emiliete abre mucho los ojos, se engulle el último trozo de galleta y pregunta:



oa  
:  
50  
su  
o-  
el  
n,  
os  
...  
el  
le

—¿Y por qué quieren romperlo?

Salva se queda pensando un momento mientras se mira las puntas de las zapatillas. Al fin, trata de explicarse:

—¡Ejem! Porque estos magos son desmontadores de libros y no quieren saber nada que tenga que ver con palabras o letras. Y, además, le tienen mucha manía al héroe Tirante el Blanco. ¡Ya ves! Ni siquiera les gustan los tebeos y a veces los rompen adrede para construir avioncitos de papel.

Uno de los hombres se acerca mientras continúa repartiendo papeles entre la gente que pasea por el parque. Cuando llega a la altura de Emiliete, éste, sin pensarlo dos veces, le suelta:

—¿Por qué desmonta los libros y los tebeos, eh?

El hombre lo mira de arriba abajo y dice con un vozarrón que parece un cañonazo:

to  
is.  
n-  
ie  
e-  
te  
os  
s-  
n-  
a-  
de  
a:  
e-  
ce

—¿Y a ti qué te importa lo que yo haga, tonto del bote?

Emiliete, atemorizado, se esconde detrás de su amigo.

Cuando Salva comprueba que el hombre ha desaparecido detrás de los árboles, muy decidido, inicia un parlamento en voz alta:

—Quiero que sepas, desmontador de libros, que yo soy don Quijote y éste es Sancho Panza. Y si no nos hemos enfrentado a ti es porque aún no teníamos a punto la lanza ni el escudo...

Emiliete estira la manga del amigo:

—No te puede oír, Salva. Ya está en el quinto pino.

Pero a Salva todavía le queda cuerda:

—Y ahora, cuando se lo explique todo a Sancho Panza, procura no ponerte delante de nosotros por si acaso. ¿Está claro? Y has

de saber que el héroe Tirante el Blanco fue muy valiente y que su libro es el mejor del mundo. ¡Hale!

7

Donde se cuenta cómo sucede la primera batalla y el jaleo que se organiza en la puerta de un quiosco de helados y golosinas

Salva se lo explica poco a poco.

—El palo de la escoba será la lanza y la tapa de la cazuela será el escudo. Mi bici se llamará Rocinante...

—¿Y la mía?

—La tuya no tiene nombre.

—¿Por qué?

—Pues, porque... el burro de Sancho Panza tampoco tenía.

Emiliete no acaba de verlo claro.

—¿Y Sancho Panza tampoco llevaba lanza ni escudo?

—No.

—¡Pues ya no quiero ser Sancho Panza!

Al fin, Salva decide sacar la manzana y el plátano y dejarle la tapa de la cazuela; pero, a cambio...

—...tendrás que hablar con mucha ceremonia.

—¿Y eso cómo se hace? —pregunta Emiliete mientras pela el plátano.

—Tú fíjate en mí y ya verás.

Veinte pedaladas más allá de la entrada del parque hay un quiosco en el que venden refrescos y golosinas. A la derecha de la puerta hay una docena de sillas de plástico blanco

amontonadas y cuatro mesas del mismo material. Salva se para en seco, pone un pie en el suelo y exclama:

—Ya tenemos los primeros enemigos a la vista, amigo Sancho. Ésos que ves contra la pared son el famoso gigante Blanco de la Harina y su amigo Hocicón de las Patas Largas. Les atacaremos, les venceremos y les haremos prisioneros.

Emiliete frunce el ceño, estira el cuello, mira a un lado y al otro y dice:

—Yo no veo otra cosa que no sean sillas y mesas de plástico.

Salva se pone el palo de la escoba debajo del brazo, mueve la cabeza y declara:

—Eso te parece a ti porque no sabes mucho de estas cosas, amigo Sancho. Esto es cosa de caballeros, y muy valientes. Así que, si tienes miedo, quédate aquí, déjame el escudo y yo

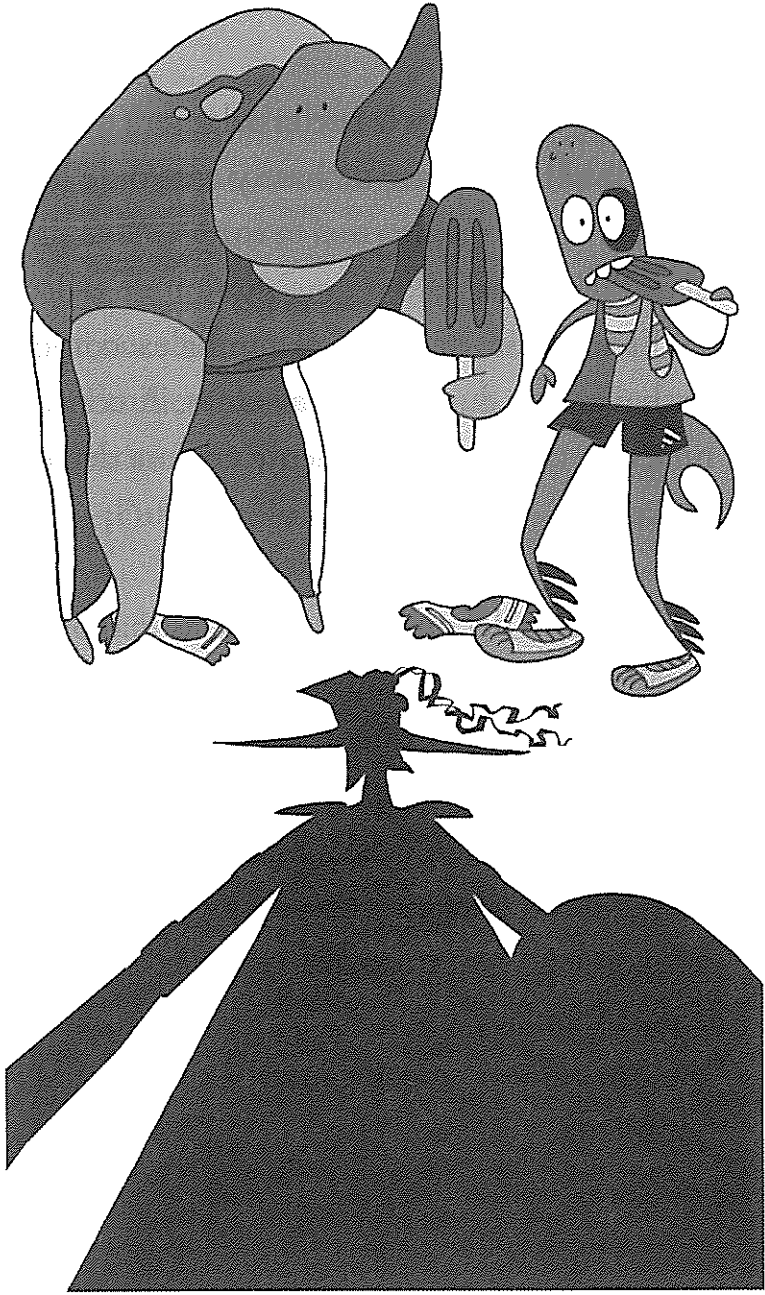
les atacaré y les tumbaré en el suelo como si fueran dos mondadientes.

Emiliete parpadea siete veces seguidas y le da la tapa de la olla. Sin embargo, ¡claro!, a Salva le faltan manos para llevar el palo de la escoba, el escudo y, al mismo tiempo, conducir la bicicleta. Así que deja caer la tapa en el suelo, se asegura el palo bajo el brazo y comienza a pedalear, recto como un hilo, en dirección a las sillas y las mesas.

El dueño del quiosco se asoma a la puerta y, apenas ve a Salva a toda velocidad, empieza a gritar como un loco:

—¿Adónde vas tú, cabeza de chorlito? ¿Estás tonto o qué?

Salva, en el último momento, trata de frenar su ataque contra los gigantes Blanco de la Harina y Hoción de las Patas Largas; pero la bicicleta Rocinante no obedece como



i  
7  
,  
,  
,  
a  
7  
i  
a  
a  
-  
e  
,  
,  
,

debería, y acaba con la rueda delantera debajo de la silla que hace de base y apoyo de las demás.

—¡Pumbaaaa!

El montón de sillas se tambalea como las bailarinas durante un instante. A continuación, cae estrepitosamente encima de las mesas:

—¡Catacloc!

El dueño del quiosco se echa las manos a la cabeza y, acto seguido, empieza a vociferar lo que se le ocurre, mientras trata de reorganizar el desbarajuste. Salva, asustado, logra retroceder con la bicicleta asida del manillar hasta donde se encuentra su amigo. Éste se está comiendo un trozo de manzana con toda la parsimonia.

—¿A que no eran gigantes? —dice con la boca llena.

-  
s  
  
o  
-  
s  
  
a  
r  
-  
a  
r  
e  
a  
  
a

-¿Y tú qué sabes? Seguro que el dueño del quiosco, con tanto grito, ha avisado a los gigantes y éstos se han convertido en mesas y sillas en un santiamén. Hale, coge el escudo que nos vamos a buscar más aventuras.

Emiliete da otro mordisco a la manzana y murmura:

-¡Puf! Si tú lo dices...

8

Donde se cuenta la aventura  
con dos perros chatos y un gato  
que maullaba detrás de una palmera

Durante un rato circulan por el parque, cabizbajos, sin hablar. De repente, aparece un hombre que lleva dos perros chatos, cada uno atado con una cadena. Los animales patalean con todas sus fuerzas hasta que, desde detrás del tronco de una palmera, asoma un gato gris con el lomo erizado como si tuviera un

puñado de clavos en vez de pelos. En seguida, el gato se pone a maullar y los perros a ladrar, como si les fuera la vida en ello.

Salva frena. Mira la escena y dice:

—Amigo Sancho Panza, aquel hombre es, ni más ni menos, que el terrible Tribonio de la Mirambania, el dueño y señor del castillo en el que viven las fieras más salvajes del mundo. ¿Ves los animales que lleva atados?

Emiliete se baja de la bicicleta y contesta:

—Son dos perros muy grandes y, también, un gato. Y... yo no veo ningún castillo.

—¡Claro! Como no eres caballero, no lo puedes ver. Sin embargo, los animales de Tribonio de la Mirambania son dos lobos feroces y el otro es un tigre muy valiente que guarda las puertas del castillo del mago Tristán de la Magalona.

Emiliete se rasca la coronilla y murmura:



a,  
r,  
  
s,  
le  
i-  
el  
  
:  
l,  
  
o  
i-  
es  
la  
la  
  
u:

—¡Sí, hombre! ¿Y dónde está el mago?

Salva se las inventa volando:

—El mago se ha ido de excursión a la montaña para buscar las plantas necesarias para hacer un brebaje capaz de curar... ¡ejem!, de curar la gripe y muchas más cosas. Sin embargo, Tribonio de la Mirambania quiere entrar al castillo y llevarse un brebaje que transforma a las personas en reyes.

—¡Sí, hombre!

—¿Es que no te lo crees?

—No.

—Pues, dame el escudo, sujétame la bicicleta y lo verás.

Salva, con el palo de la escoba en una mano y la tapa de la olla en la otra, camina decidido hacia donde el hombre trata de controlar los dos perros lejos del tronco de la palmera y del gato, que se eriza sin parar.

—No intentes entrar al castillo, Tribonio de la Mirambania, ni robar los brebajes secretos del sabio Tristán de la Magalona. Y si tus lobos consiguen ahuyentar al tigre que guarda las puertas, mi lanza invencible te atravesará como si fueras una aceituna sin hueso.

La presencia repentina de Salva alborota todavía más a los perros. El hombre, sin poder controlar la situación, deja suelta una de las cadenas. ¡Claro! El perrazo, sintiéndose libre, sale como un proyectil detrás del gato.

—¡Tom! —grita el hombre con todas sus fuerzas—. ¡Ven aquí en seguida!

Pero el perro Tom, como si no fuera con él, sigue persiguiendo al gato mientras éste empieza a dar vueltas al tronco de la palmera como si llevara un cohete atado en el trasero. A la cuarta vuelta, el gato trepa tronco arriba

mientras el perro, sin parar de ladrar, trata inútilmente de seguirlo.

El hombre consigue, al fin, atrapar la cadena del perro Tom justo cuando Emiliete se acerca con las dos bicis cogidas por el manillar. En seguida, se gira con los ojos enrojecidos por la ira.

—¿Qué queráis, cabezas huecas, que se me escaparan los perros?

Emiliete contesta con un hilillo de voz:

—Mi amigo, ¡jem!, creía que usted era el dueño de unos lobos que querían atacar a un tigre que guarda el castillo de un mago que sabe convertir a las personas en reyes...

El hombre los mira de arriba abajo, tira de las correas de los perros y se acerca midiendo los pasos.

—¿Encima con ganas de jueguecitos, no? ¿Qué andáis buscando? ¿Que os ponga la cara

ta  
a-  
se  
ni-  
e-  
ne  
:  
el  
in  
ue  
de  
do  
o?  
ura

como un mapa? ¿Que os tire de las orejas y os las ponga como las de un elefante?

Salva y Emiliete, sin perder de vista al hombre y a sus perros chatos, se montan apresuradamente sobre las bicicletas.

—Emiliete, coge el escudo.

Y, sin soltar ni una palabra más, se ponen a pedalear como si estuvieran a punto de llegar a una meta imaginaria.

9

Donde se cuenta el encuentro  
con tres niñas y un niño  
que juegan con unas Game Boy

Salva y Emiliete recuperan el aliento sentados en uno de los bancos de madera que hay al lado de una de las fuentes del parque.

–Creo que ya no tengo más ganas de jugar  
–murmura Emiliete.

Salva, de entrada, no contesta nada. Sin embargo, poco después, apunta:

—A lo mejor tendríamos que haber empezado por buscar una Dulcinea.

—¿Quién es Dulcinea?

Salva coge un palito de madera y se pone a dibujar en el suelo antes de hablar.

—Es mi novia, quiero decir, la novia de don Quijote.

Salva se rasca la punta de la nariz.

—¿Y cómo se llama la mía?

—Creo que tú, quiero decir, Sancho Panza, no tiene.

—¡Vaya! ¿Y yo no tengo lanza, ni escudo, ni novia, ni nada?

—¿Qué quieres que haga? En el libro lo pone así...

—¡Pues ya no juego más a eso!

En ese mismo instante aparecen tres niñas y un niño. Se sientan en un banco cercano y se ponen a jugar con unas Game Boy.

Salva le da un codazo a Emiliete y le dice en un susurro:

—Vale. Pues que Sancho Panza tenga novia también. Y, además, te volveré a prestar el escudo.

—¿Y cómo se llamará mi novia?

—Mmm... ¿Te gusta el nombre de la princesa que te dije?

—¿Cuál era?

—Micomicona.

Emiliete levanta los hombros.

—¡Pse! Vale.

Salva carga el palo de la escoba y echa a andar. Detrás de él, Emiliete, con la tapa de la olla debajo del brazo, le sigue sin saber muy bien qué tiene que decir o hacer.

Solamente una de las niñas deja de jugar cuando ve acercarse a los dos amigos.

—¿Qué queréis? —pregunta la niña, una pecosa que lleva gafas.

Salva levanta el palo de la escoba y dice:

—Soy don Quijote y éste es mi amigo Sancho Panza y buscamos a mi novia Dulcinea...

Emiliete, a un palmo de la oreja de Salva, le recuerda:

—¡Eh! ¡Y a Micomilona también!

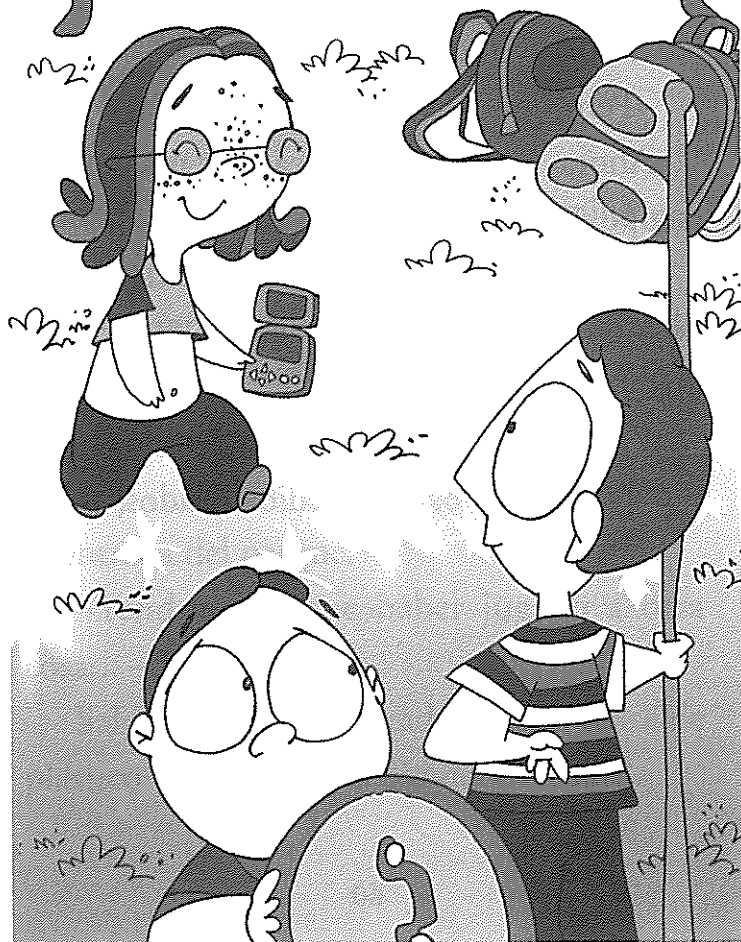
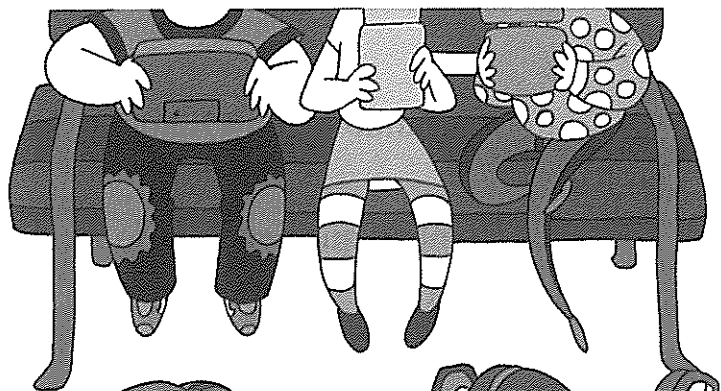
Salva se lo aclara en seguida:

—Y a la princesa Mi-co-mi-co-na, la novia de mi amigo.

El resto de las niñas y el niño, sin levantar la vista de las maquinitas, estallan en una carcajada. Acto seguido, la pecosa de las gafas pregunta:

—¿Estáis tontos o qué?

Salva se pone rojo como un tomate, se esconde el palo detrás de la espalda y murmura:



—Estamos jugando a don Quijote y Sancho Panza.

Otra de las niñas, que tiene el pelo rizado, levanta la cabeza y dice muy enfadada:

—¡Por vuestra culpa he perdido la partida!

Emiliete trata de meter baza:

—Pero, ¿queréis ser nuestras novias o no?

Ahora, la pecosa pone cara de mala uva y escupe sus palabras una a una:

—¿Novias vuestras? ¿De uno que tiene cara de mono y de otro que está más gordo que una vaca?

Y la niña de los rizos acaba de rematarlo:

—¡Y encima los dos medio alelados!

Donde se cuenta cómo Salva y Emiliete,  
es decir, don Quijote y Sancho Panza,  
encuentran al caballero de la Triste Mirada

Salva y Emiliete cogen las bicicletas del manillar y caminan, cabizbajos, en dirección a la entrada del parque.

—Tendríamos que haber jugado a otra cosa... —dice Emiliete.

Salva le suelta un patadón a una bolsa de plástico que hay en medio del camino.

—A lo mejor es porque no hemos encontrado a nadie que supiera nada de don Quijote y toda la pesca...

—En realidad, yo tampoco sé mucho. Además, como no soy caballero y todo ese rollo, no sé jugar bien.

A la sombra de un pino de copa redonda, sentado en un banco, hay un hombre que lee un libro. Apenas ve a los niños, les pregunta:

—¿Adónde vais con un palo de escoba y con una tapa de olla?

Salva lo intenta por última vez:

—Somos don Quijote y Sancho Panza.

Entonces, el hombre dice:

—Ésos debéis de ser, sin ningún tipo de duda, porque ahora que me percato, no es palo de escoba, sino una lanza bien dispuesta, y no es tapa de olla, sino un escudo reluciente como las llamaradas del fuego.

Emiliete abre los ojos como platos y dice en voz muy bajita:

—Este hombre está como una cabra, Salva.

Pero Salva no le hace ni caso.

—¿Quién es usted y de dónde viene?

El hombre cierra el libro, se levanta, hace una reverencia muy exagerada y contesta:

—Soy el caballero de la Triste Mirada, señor de Nervia y de las tierras de Lionela, y acabo de llegar del País de los Encantamientos, donde he liberado a unos príncipes y unas princesas encarcelados por el malvado gigante de la Barba Espesa.

Emiliete frunce el ceño y pregunta interesado:

—¿La princesa Micomilona o como se llame... también estaba prisionera?

El de la Triste Mirada se pone a observar las nubes como si quisiera contarlas una a una y, en seguida, contesta:

—¡La gran princesa Micomicona! ¡Claro que sí! Y apenas se ha sentido liberada me ha pedido que, si me topaba con un niño regordete que conducía un borrico en forma de bicicleta y que llevaba un escudo en forma de tapa de olla —ni más ni menos que Sancho Panza en persona—, le dijera que tenía muchas ganas de verlo.

Salva levanta el palo de escoba, se aclara la voz y trata de encontrar las palabras más adecuadas para la ocasión.

—Señor de la Triste Mirada... ¿sabe usted algo de mi novia, Dulcinea?

El hombre aspira todo el aire que le cabe entre las costillas y exclama:

—¡Por supuesto que sé, caballero don Quijote! Como que ayer mismo, mientras



regresaba del País de los Encantamientos, la vi sentada sobre la Piedra de la Fantasía, al mismo lado del río de la Ilusión, cantando una tonada que, más o menos, decía así:

Yo soy Dulcinea,  
la gentil enamorada  
de un Quijote aventurero.  
¿Cuándo veré a mi caballero?

El caballero de la Triste Mirada se detiene en seco y se queda mirando a un hombre y a una mujer que se acercan. Cuando están a unos pasos, se pone a hablar con voz grave:

—Pero, dejemos las chácharas y dispongámonos a luchar valientemente contra el terrible Amí el Morado, que tiene prisionera a la reina Leocadia de la Mirimbolia.

a  
l  
o

Emiliete tira de la manga de la camisa de  
Salva.

-¡Vámonos, Salva!

Pero su amigo ya se ha montado encima  
de la bicicleta.

11

Donde se cuenta  
el enfrentamiento con el terrible  
Amí el Morado

El de la Triste Mirada se planta encima del banco y se pone a hablar con un vozarrón que parece que salga del fondo de una caverna:

—Alto, Amí el Morado, no des ni un paso más y deja libre a la reina Leocadia de la Mirimbolia si no quieres medir tus fuerzas con las del caballero don Quijote, con las de su

amigo Sancho Panza y con las mías, que son también muchas.

El hombre y la mujer se miran de reojo durante un instante. Después, examinan con toda la atención a los dos niños y al de la Triste Mirada.

Al fin, el hombre, hincha el pecho, se apoya las manos en la cadera y grita de carrerilla:

*—¡Jamalají, jamalajá, majalá, majalí, alama-já!*

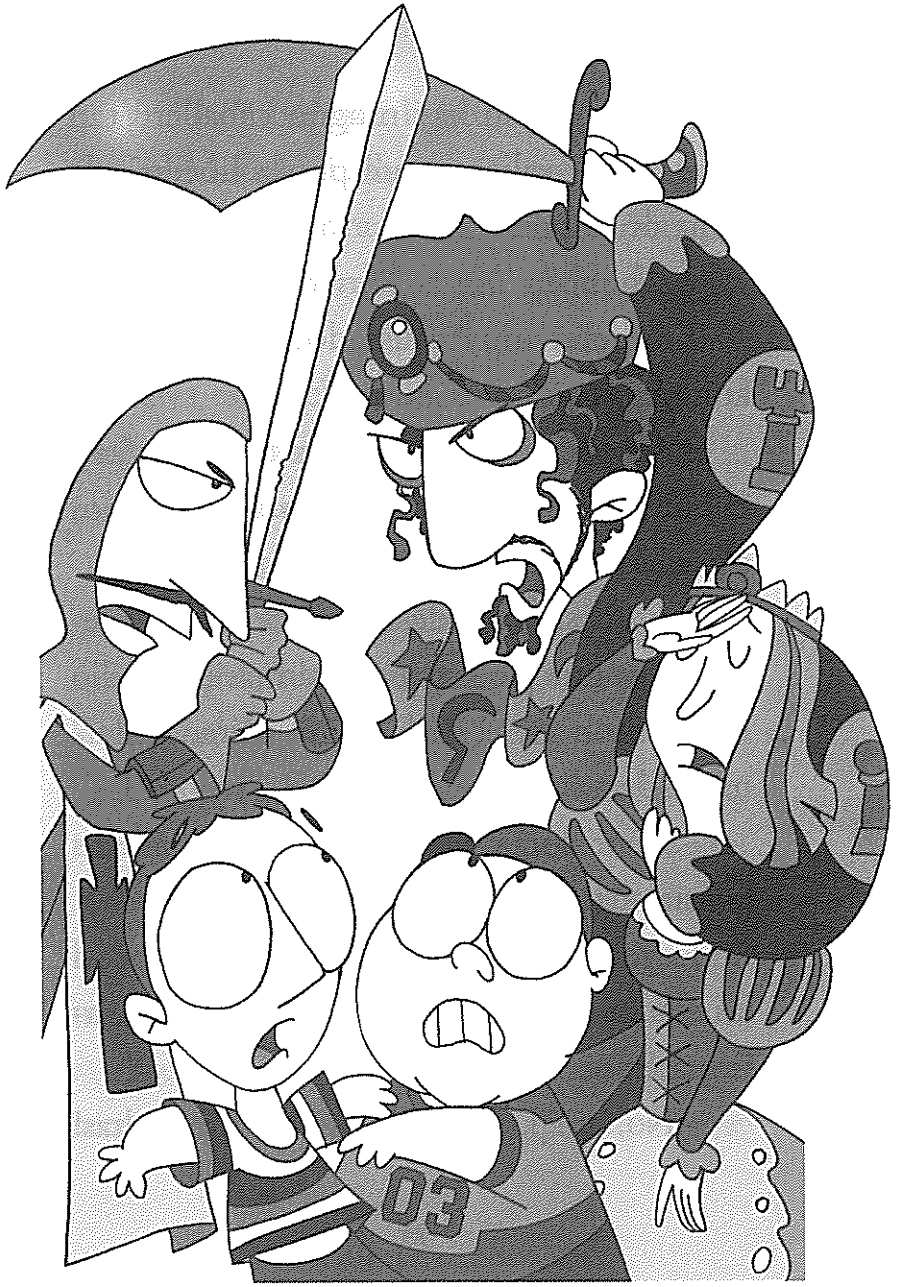
Salva, con el palo de la escoba bajo el brazo y dispuesto a atacar montado en su bicicleta, pregunta al de la Triste Mirada:

—¿Qué ha dicho?

El de la Triste Mirada parece que se lo piensa muy bien antes de contestar.

—¡Ejem! Ha dicho que... tiene unos bíceps que pesan una arroba cada uno y también

n  
o  
n  
la  
se  
i-  
z-  
a-  
i-  
o  
ps  
n



ha dicho que no hay ningún caballero tan esforzado y valiente que pueda liberar a la reina de su poder.

—¿Ah, no?

Emiliete, muy asustado, se pega a su amigo.

—Venga, Salva, que es hora de merendar y el hombre del «jamalají» acabará por darnos algún coscorrón, ya verás.

Salva desmonta, deja la bicicleta en el suelo y coge una piedra que pesa más de medio kilo. Entonces, el de la Triste Mirada, alarmado, le advierte seriamente:

—Señor don Quijote, no es de caballeros lanzar piedras contra los enemigos.

La reina Leocadia de la Mirimbolia, con las manos en la cabeza por si acaso, se lo confirma en seguida:

—¡No, no! ¡Los caballeros no tiran piedras!

n  
la  
u  
y  
os  
e-  
o  
e-  
os  
n  
e-  
s!

Y el hombre que la acompaña, es decir, Amí el Morado, balbucea:

–Deje la piedra en el suelo, señor don Quijote, y luchemos como suelen hacerlo los caballeros.

Salva estira el cuello, deja la piedra en el suelo y, para sorpresa de todos, pregunta:

–¿Sabe usted qué hora es?

El hombre se siente confundido. Mira su reloj y contesta:

–A ver... faltan un par de minutos para las seis.

Entonces, Salva se dirige hacia su bicicleta, mira a su amigo y exclama:

–¡Vámonos, Emiliete! Que si no estoy a las seis en punto en la entrada del parque, mi madre no me dejará sacar más la bicicleta.

Y, en un santiamén, los dos niños desaparecen de la escena.

El de la Triste Mirada, apenas Salva y Emiliete desaparecen, sonrío abiertamente mientras se acerca a Amí el Morado y a la reina Leocadia de la Mirimbolia, les saluda afectuosamente y dice:

—¡Ay, amigos! Ya van quedando pocos niños que jueguen con la imaginación y la fantasía...

—¡Sí, sí! —contesta la mujer—. Y es una lástima. Por cierto, creía que don Quijote nos abría la cabeza a pedradas...

—¡Y yo también! —asegura el hombre—. Se lo había tomado muy en serio...

Un rato después, los tres ríen divertidos mientras pasean, con toda la tranquilidad del mundo, entre los árboles del parque.

Cuatro gorriones inquietos picotean el suelo y, al mismo tiempo, saltan de un lado para otro como si tuvieran muelles en las patas.

De acuerdo. Volverás otro día

Mamá espera en la misma puerta del parque.

–Ya estamos aquí.

–¿Cómo lo habéis pasado?

Emiliete, antes de contestar, bosteza con todas sus ganas.

–Bien –dice al final–. Pero tengo más hambre...

De vuelta a casa, Salva le pone la cabeza a mamá como un bombo.

—...y hemos jugado a don Quijote y a Sancho Panza y hemos visto a los gigantes Blanco de la Harina y a su amigo Hocicón de las Patas Largas. Y después, hemos luchado contra los lobos feroces de Tribonio de la Mirambania, que quería robar un brebaje mágico...

Mamá le corta mientras cruzan por un paso de peatones:

—Caramba, hijo. ¿Me lo vas a contar todo?

—No, mamá. Ya está.

Pero, antes de llegar a la plaza Mayor, Salva vuelve a las andadas:

—¿Y sabes qué más ha pasado, mamá? Que hemos encontrado a Dulcinea y a la princesa Micomicona y el caballero de la Triste Mirada nos ha dicho a Emiliete y a mí que querían ser nuestras novias y todo eso... ¡Ah, sí! Y, además, Dulcinea se sabe una canción

que ahora mismo no me acuerdo de cómo es, pero que es muy bonita...

—¡Hijo! Ni que te dieran cuerda...

—...y un malvado que se llama Amí el Morado llevaba prisionera a una reina de verdad y esta reina me ha dicho que no tirara piedras...

—¿Has tirado piedras? —pregunta la madre, muy inquieta.

—No, mamá. ¡Qué va! Ni una. Lo que pasa es que Amí el Morado ha dicho *jamalají*, *jamalajá* y otras cosas más que quieren decir que ningún caballero podría liberar a la reina y yo he cogido una piedra gorda del suelo; pero, en seguida la he tirado otra vez porque iban a dar las seis y...

Apenas entra en casa, Salva corre a contárselo todo a su padre y éste, más contento que unas pascuas, le dice que le leerá más histo-

rias de don Quijote y de Sancho Panza para que sepa más y, así, poder jugar más veces.

Ahora mismo, la madre entra en el salón con dos bocadillos que no se los saltaría un perro lebel con una pértiga.

Y Salva, antes de dar el primer bocado, pregunta:

–Mamá, ¿me dejarás ir otra vez al parque con Rocinante... quiero decir, en bicicleta?

La madre se alisa el cabello con las manos, mira hacia el techo y responde:

–De acuerdo. Volverás otro día...

## ÍNDICE

1. ¡Mi papá siempre compra librotos! ..... 5
2. El accidente de papá ..... 11
3. Yo seré don Quijote.  
    ¿Tú quieres ser Sancho Panza? ..... 15
4. Papá, léeme más capítulos ..... 21
5. ¿Puedo sacar la bici? ..... 27
6. Donde se cuenta la aparición  
    de los desmontadores de libros ..... 33
7. Donde se cuenta cómo sucede la primera  
    batalla y el jaleo que se organiza en la puerta  
    de un quiosco de helados y golosinas ..... 39
8. Donde se cuenta la aventura con dos  
    perros chatos y un gato que maullaba  
    detrás de una palmera ..... 47
9. Donde se cuenta el encuentro con tres  
    niñas y un niño que juegan con unas  
    Game Boy ..... 55
10. Donde se cuenta cómo Salva y Emiliete,  
    es decir, don Quijote y Sancho Panza,  
    encuentran al caballero de la Triste Mirada .... 61
11. Donde se cuenta el enfrentamiento  
    con el terrible Amí el Morado ..... 69
12. De acuerdo. Volverás otro día ..... 75

**CALCETÍN  
AMARILLO**  
a partir de 8 años

El padre de Salva le lee todos los días fragmentos de *El Quijote*. Es así como empieza a atraerle la historia de aquel personaje universal. Le gustará tanto que comenzará a imitarlo y vivirá muchas aventuras alocadas: luchará contra un puesto de helados y sus sillas de plástico, se enfrentará a dos perros enormes, conocerá a un enigmático caballero... ¡y todo sin salir del parque!



978-84-95722-88-1



9 788495 722881



**Enric Lluch** (Algemesí, Valencia, 1949) ha escrito muchísimas historias divertidas y entrañables para niños y jóvenes. En Algar ha publicado los relatos infantiles *La rana*, *La abuela de Rosa* y *Un bote de caramelos*.